

CUANDO LAS SOMBRAS CAEN,
LOS DEMONIOS SE LEVANTAN.



El

ALMA

de la

ESPADA

JULIE KAGAWA

GRANTRAVESÍA

JULIE KAGAWA

El

ALMA

de la

ESPADA



GRANTRAVESÍA

Para Misa-sensei, por su ayuda.
Y para Tashya, por todo lo demás





1

EL NACIMIENTO DE
UNA ASESINA DE DIOSSES

Hace mil años

Su garganta estaba en carne viva por gritar plegarias al viento.

La tormenta arrasaba todo a su alrededor, golpeaba los acantilados y azotaba el agua del océano contra las rocas. La noche era una total oscuridad, sus ropas empapadas estaban heladas, y su voz apenas se escuchaba por encima del aullido del viento y el rugido del mar. Aun así, él se mantenía cantando, con el pergamino apretado con firmeza entre sus manos temblorosas y la linterna titilando salvajemente a sus pies. Su visión estaba borrosa por el rocío salado y las lágrimas, pero su voz no vacilaba mientras gritaba cada palabra del arrugado pergamino como si fuera un desafío para los mismos dioses.

Clamando la oración final, dejando que el viento la arrancara de sus labios y la arrojara sobre el océano, cayó de rodillas sobre las piedras. Jadeante, inclinó la cabeza, sus brazos cayeron a sus costados, el pergamino abierto revoloteó en sus manos.

Durante varios latidos desesperados e intensos, se quedó allí arrodillado, solo. La tormenta bramaba, cortando y

arañando con garras de espuma. Sus heridas, sufridas en la lucha contra una horda de demonios camino a este lugar, pulsaban. La sangre iba impregnando su pecho, sus brazos, el pergamino. Manchaba el rollo de color rosado.

A muchos metros mar adentro, el océano se batió. Las olas surgieron y se agitaron, y la superficie del agua comenzó a elevarse como si algo monstruoso estuviera moviéndose justo por debajo.

Con una explosión de rocío y el aullido de un dios, una enorme forma oscura emergió de las profundidades y ascendió en espirales a la noche. Relucientes relámpagos iluminaron los enormes cuernos, los colmillos, las escamas brillantes del color de la marea. Una ondulante crin corría a lo largo del lomo de la criatura, y un par de bigotes tan largos como un navío se retorció y revoloteaba en el viento mientras el Gran Dragón se enrollaba en el cielo, perforando y anidando entre las nubes. Un par de ojos como lunas brillantes observó la diminuta figura allá abajo, y una perfecta perla iridiscente resplandeció como una estrella en el centro de su frente. Con el estruendo de un tsunami cercano, el *kami*¹ habló.

—¿Quién me convoca?

Apretando la mandíbula, el hombre levantó la cabeza. Su corazón se estremeció al saber que no debía mirar tan audazmente a un dios, al Heraldo del Cambio de frente, pero la desesperación y la enfermedad del odio en lo profundo de su alma ahogaban cualquier otra emoción. Tragó el dolor de una garganta herida por la potencia de sus gritos y elevó la voz.

—Yo, Kage Hirotaka,² hijo de Kage Shigetomo, soy el mortal que ha invocado el poder de la plegaria del Dragón —su voz fina y áspera se desvaneció en el viento, pero la enorme criatura inclinó la cabeza, escuchando. Su mirada inhumana, que contenía la sabiduría de la eternidad, se en-

contró con la del hombre, y éste de pronto sintió como si estuviera cayendo en un pozo insondable.

El guerrero colocó sus manos en el suelo delante de él, se inclinó y tocó la áspera piedra con su frente, mientras sentía la mirada del Dragón sobre su espalda.

—Gran *Kami* —susurró—, según mi derecho como portador del pergamino, esta noche, en el milésimo año después de que Kage Hanako elevara su deseo sobre el pergamino, le pido humildemente que conceda el anhelo de mi corazón.

—Una vez más, un Kage me llama —la voz profunda y atronadora no sonaba ni divertida ni sorprendida—. Una vez más, el Clan de la Sombra juega con la oscuridad y tiene el destino del reino en sus manos. Que así sea, entonces —los relámpagos destellaron y el estallido de los truenos sacudió las nubes, pero la voz del Gran Dragón se elevó por encima de todo—. Kage Hirotaka, hijo de Kage Shigetomo, portador del pergamino del Dragón, ¿cuál es el anhelo de tu corazón? ¿Qué buscas se haga realidad?

—Venganza.

La palabra fue apenas audible, pero el aire pareció detenerse mientras la pronunciaba.

—Mi familia fue asesinada por un demonio —prosiguió el guerrero, mientras se sentaba lentamente—. Mató a todos. Mis hombres y mis sirvientes estaban esparcidos de un extremo al otro de la casa. Mi esposa... mis hijos... no dejó siquiera algo para enterrar —cerró los ojos, temblando de aflicción y de rabia—. No pude salvarlos —susurró—. Llegué a casa para encontrar una masacre.

El observador frío e indiferente que esperaba en las nubes nada dijo. La mano del guerrero se dirigió a la espada en su cinto, y sus dedos se curvaron alrededor de la vaina.

—No lo quiero muerto —dijo con voz áspera, ahogada por el odio—, no por un simple deseo. Yo mismo mataré al monstruo, meteré mi espada en su negro corazón para vengar a mi clan, a mi familia, a mi esposa... —su voz tembló, y

los nudillos que rodeaban su espada se pusieron blancos—. Pero cuando él muera, no quiero que su espíritu regrese a *Jigoku*. Quiero atraparlo aquí, en este reino mortal. Que conozca el dolor y la rabia, y la impotencia. Que comprenda que no hay alivio ni manera de que regrese como el demonio que era —el guerrero mostró los dientes—. Quiero que sufra. Toda la eternidad. Ése es mi deseo.

En lo alto, el Gran *Kami* miró a través de la tormenta. Los relámpagos destellaron en sus escamas azul oscuro.

—Sellado el deseo —retumbó, con una voz tan impasible como era posible—, no se puede volver atrás —inclinó la cabeza y sus bigotes interminablemente largos revolotearon en el viento—. ¿Estás seguro de que éste es el deseo de tu corazón, mortal?

—Sí.

El trueno bramó y el viento se intensificó, aullando mientras azotaba contra el guerrero y la roca. El Gran Dragón pareció desvanecerse en la tormenta hasta que sólo sus ojos y una gema resplandeciente brillaron en la oscuridad. Luego, desaparecieron también en las tinieblas, mientras las nubes se arremolinaban con violencia hasta parecer un gran remolino en el cielo.

Un cegador rayo blanco descendió desde lo alto y golpeó el centro de la roca, a sólo unos metros de donde el guerrero se encontraba arrodillado. El samurái se estremeció y cubrió su cara mientras fragmentos de piedra volaban por todas partes y cortaban su piel. Cuando el brillo se desvaneció, levantó la mirada, pero entrecerró los ojos por el dolor mientras la sangre y el agua corrían por su rostro. Por un instante, sólo pudo distinguir un sutil resplandor contra la oscuridad. Luego, sus ojos se abrieron de par en par, y observó con asombro lo que el relámpago había dejado tras de sí.

Una espada se levantaba en el centro de un cráter humeante, con la punta perforando la piedra. Su hoja brillaba

contra la oscuridad. Un poder casi hambriento latía en su hoja, era casi como si estuviera viva.

Olvidando sus heridas, el samurái Kage se levantó y caminó sobre piernas temblorosas hacia el sable, que brillaba débilmente contra el negro, como alimentada por su propia luz interior.

—Está hecho —la estruendosa declaración sostuvo la irrevocabilidad de la muerte, de una espada que arrancaría la vida de un cuerpo. Aunque la majestuosa serpiente estaba a punto de desvanecerse una vez más en su leyenda, su voz resonó a través de la tormenta—. Que sea por todos conocido, el deseo de esta era ha sido pronunciado y los vientos de cambio han modificado su rumbo. Que ningún mortal invoque el poder del pergamino por otros mil años. Si este reino sobrevive a lo que está por venir.

—¡Espere! Gran *Kami*, ¿cómo debería llamarla? —el guerrero tendió la mano, tocó la empuñadura de la espada y sintió un temblor correr por su brazo—. ¿Acaso tiene ya un nombre?

El guerrero sintió al Gran Dragón deslizarse del mundo como una anguila a través de una red, para volver a su reino en las profundidades de las olas. Un último retumbar de trueno salió al mar y, en el eco del viento, escuchó la última palabra del *kami*.

—Kamigoroshi.

Kage Hirotaka se encontró solo en la plataforma sombría de la roca, mientras el viento y el rocío todavía azotaban a su alrededor, y una sonrisa salvaje cruzó su rostro. Kamigoroshi.

Asesina de Dioses.

-
- ¹ Muchos nombres y términos usuales del japonés se encontrarán marcados en cursivas a lo largo del libro. No olvides consultar el glosario al final de este volumen.
- ² En Japón, por norma de uso suele anteponerse el nombre de la familia, el apellido, al nombre de pila.

2

EL DEMONIO DE LOS KAGE

Yumeko

El silencio cayó cuando Maestro Jiro terminó su relato.

—Ese demonio —dije, mientras el sacerdote tomaba una pipa de madera que descansaba al lado del fuego—, el que mató a la familia de Hirotaka, ¿era...?

Maestro Jiro asintió y metió el extremo de la pipa en su boca.

—Hakaimono.

Me estremecí. Alrededor de la fogata, el resto del grupo tenía un aspecto solemne. Nos habíamos refugiado junto a un arroyo de poca afluencia, rodeados de enmarañados pinos e imponentes secuoyas, y el aire estaba impregnado de savia y un ligero toque de escarcha, dado que todavía nos encontrábamos muy cerca de las montañas que bordeaban el territorio del Clan del Cielo. El verano estaba llegando a su fin y los días se iban haciendo más fríos conforme el otoño tomaba su lugar.

Okame-san³ se sentó contra una secuoya cubierta de musgo. Miraba fijamente a las sombras con la espalda apoyada en el tronco y un pie plantado en una raíz. La luz del fuego lo bañaba, acentuando su figura delgada y desgarrada, el cabello de color marrón rojizo amarrado en una cola de caballo y el estrecho rostro, extrañamente sombrío.

El *ronin*, por lo general alegre y franco, permanecía en silencio mientras miraba por encima del lecho del río, con ojos oscuros.

—Entonces, Kamigoroshi fue creada por los poderes del Dragón —musitó Daisuke-san. El noble del Clan del Sol estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un tronco y mostraba una expresión de serenidad estoica. Al otro lado de la fogata, Reika *ojou-san* le lanzó una mirada exasperada. Los brazos del noble estaban envueltos en vendas, y las tiras de tela ensangrentada asomaban por debajo de su túnica, recuerdos de nuestra última y terrible batalla. Esa misma tarde, Reika *ojou-san* lo había reprendido: no debería estar levantado. Tendría que estar recostado, descansando, a fin de no abrir las heridas que ella había pasado la noche cosiendo. Pero Daisuke-san insistió en que estaba bien. Incluso con su alguna vez hermoso *kimono* ahora desgarrado y sucio, su piel pálida y su largo cabello plateado y blanco que colgaba a sus espaldas, emanaba equilibrio y elegancia.

—Sí —confirmó Maestro Jiro—. Porque Hirotaka quería vengarse del *oni* que había matado a su familia y a la mujer que amaba. Una forma no sólo de destruir al demonio sino de hacerlo sufrir, de que conociera el dolor y la rabia, y la impotencia. Él consiguió cumplir su deseo. Poco después de invocar al Gran Dragón, Kage Hirotaka se enfrentó a Hakaimono en el campo de batalla y, después de una terrible lucha que casi destruyó una aldea, logró vencer al demonio. Pero en lugar de desterrar al *oni* de regreso a *Jigoku*, Kamigoroshi selló el alma del *oni* dentro de la espada, donde quedó atrapado por toda la eternidad.

“Desafortunadamente —continuó—, ése fue el comienzo de la caída de los Kage. El demonio llevó a Hirotaka a la locura. No lo poseyó, tal vez su influencia era aún demasiado débil o tal vez no sabía todavía que podía hacerse algo así. Pero, poco a poco, doblegó la voluntad de Hirotaka, y utilizó su rabia y su aflicción para abrumarlo. Hasta que, una

noche, Hirotaka finalmente se perdió y cambió el curso de los Kage para siempre.

Daisuke-san se agitó, mientras la comprensión cruzaba su rostro.

—La masacre en el castillo de Hakumei —dijo, mirando al sacerdote—. El pacto inconcluso entre los Hino y los Kage.

—Ilustrado en historia... —Maestro Jiro asintió con aprobación—. Sí, Taiyo-san, tiene razón. La primavera siguiente, hubo una reunión entre los líderes del Clan Hino, del Fuego, y el Clan Kage, de la Sombra, a fin de discutir un matrimonio que uniera a las dos familias. La rivalidad entre los Hino y los Kage estaba fuera de control, y la guerra era inminente si no se llegaba a un acuerdo. El tratado nunca tuvo lugar. En una sala llena de diplomáticos y cortesanos desarmados, con un tifón aullando afuera, Kage Hirotaka apareció y asesinó a todos los miembros del Clan del Fuego. Ni uno solo de los Hino sobrevivió esa noche.

—Ése fue el comienzo de la segunda Gran Guerra —declaró Daisuke-san—. Después de la masacre en el castillo de Hakumei, los Hino juraron borrar a los Kage de la existencia, y reunieron al Clan Tsuchi, de la Tierra, y al Clan Kaze, del Viento, para apoyar su causa. Los Kage acudieron a los clanes Mizu, Sora y Tsuki, del Agua, del Cielo y de la Luna respectivamente, en busca de ayuda, y la guerra resultante se extendió durante casi doscientos años.

—Y estuvieron a punto de destruir a los Kage en el proceso —Maestro Jiro asintió de nuevo—. Todo porque un hombre formuló un deseo al pergamino del Gran Dragón con odio en su corazón y, sin saberlo, invitó a un demonio a su alma.

—Ésa es la historia de Kamigoroshi y la plegaria del Dragón —Maestro Jiro soltó una larga voluta de humo que se retorció sobre mi cabeza—. Ahora saben cómo se creó la espada y cómo el deseo del Dragón, tan bien intencionado como pueda ser, podría traer ruina y desastre al Imperio.

—Ésa es la razón por la que el pergamino se dividió en trozos —agregó Reika *ojou-san*. La doncella del santuario también estaba sentada en el suelo con las piernas dobladas bajo su cuerpo, con las ondulantes mangas blancas de su *haori* dobladas contra su pecho. Chu y Ko, un par de pequeños perros que en realidad eran los guardianes *komai-nu* del santuario, yacían acurrucados en su regazo, durmiendo sobre su *hakama* rojo—. Nadie conoce los detalles exactos, pero se dice que a medida que la guerra se prolongaba, un consejo de *kami*, *yokai* y una orden de monjes se reunieron para discutir qué debería suceder con la plegaria del Dragón. Tomaron la decisión de separar el pergamino y ocultar los trozos a lo largo y ancho de Iwagoto, a fin de que algo como el último deseo nunca pudiera repetirse —apretó los labios—. Fue la elección correcta. El pergamino tiene demasiado poder para que se le pueda confiar a una sola persona. Miren el caos y la destrucción que ya causó en esta era, y el Dragón ni siquiera ha sido convocado todavía.

Al otro lado del fuego, Okame-san resopló.

—Entonces, si el pergamino es tan peligroso, ¿por qué no lo destruimos? —preguntó encogiéndose de hombros—. Suena como una solución fácil para mí. Lancemos esa cosa en el fuego ahora mismo y habremos terminado con el asunto.

—No es así de fácil —dijo Reika *ojou-san*—. Ya se ha intentado antes. Pero el pergamino del Dragón es un artefacto sagrado, un regalo, o una maldición, si quieres verlo de esa manera, del Heraldo del Cambio. De la misma manera que con Kamigoroshi, si destruyes el receptáculo de la plegaria del Dragón, éste simplemente volverá a aparecer en el mundo. Siempre en un lugar donde no sólo se descubrirá, sino frente a una persona que invocará indefectiblemente al Dragón y pedirá un deseo —los ojos de la *miko* se estrecharon—. El pergamino *quiere* ser encontrado, Okame-san. Por eso es tan peligroso. Si lo destruyéramos ahora,